

Mein Kampf, de Adolf Hitler (1925-1927)

J.J. CHEVALLIER*

Sumario

1.- Introducción. 2.- La autobiografía. 3.- La doctrina: una concepción del mundo. 4.- La misión del estado. 5.- Misión del Estado en el interior. 6.- Misión del Estado en el exterior. 7.- Testamento político. 8.- El destino de la obra.

1. Introducción

«Un decreto bienhechor del destino me hizo nacer en Braunau, sobre el Inn. Esta pequeña ciudad se encuentra en la frontera de esos dos Estados alemanes cuya reunión nos parecía a nosotros, hombres de la joven generación, que era la obra que debíamos realizar por todos los medios posibles. La Austria alemana debía volver a la gran madre patria alemana [...] Los hombres de una misma sangre deben pertenecer al mismo Reich [...] Por eso, la pequeña ciudad fronteriza de Braunau se me mostraba como el símbolo de una gran misión».

Así comienza la espesa obra en dos volúmenes titulada *Mein Kampf*, a la cual se consagra, en la fortaleza de Landsberg del Lech, en Baviera, Adolfo Hitler —jefe del partido obrero alemán nacionalsocialista—, condenado a cinco años de detención después del fracaso de una tentativa de golpe de Estado en Munich, el 9 de noviembre de 1923. Estas primeras líneas van enseguida al grano. El autor cree que debe comenzar por su biografía, por considerarla como eminentemente representativa. La misión de toda su vida estaba ya inscrita en el lugar mismo de su nacimiento. Y esta misión era hacer triunfar contra todas las leyes falsas y artificiales una ley natural y sagrada: la de la *comunidad de sangre*.

Por medio de esta introducción autobiográfica, el autor se dispone a mostrarnos su propia formación, «en tanto que ello es necesario para la comprensión del libro y que puede servir para la destrucción de la leyenda construida en torno a mi persona por la prensa judía» (Prólogo). Él puede también hacer comprender mejor el movimiento nacionalsocialista, exponiendo su génesis, su historia, al mismo tiempo que sus fines. Nadie se sorprenda, pues, si el primer volumen, titulado *Balance*, es esencialmente autobiográfico e histórico, aunque cortado por largas digresiones doctrinales, y si el segundo, titulado *El movimiento*, es esencialmente doctrinal, aunque consagre muchas páginas a la «lucha contra el frente rojo» de 1920 a 1922, a la reorganización y al crecimiento del movimiento durante el mismo periodo, a la ocupación del Ruhr por Francia en 1923.

* J.J. CHEVALLIER, *Los grandes textos políticos desde Maquiavelo a nuestros días*, Aguilar, Madrid 1955, 341-371.

2. La autobiografía

En 1889, en esa simbólica pequeña ciudad fronteriza de Braunau sobre el Inn, nace el hombre que se dice “elegido por el Cielo” para proclamar la voluntad racista del Creador. Hace —confiesa él— mediocres estudios técnicos en *la Realschule* de Linz, capital de la Alta Austria. El dibujo le atrae, y, rehusando convertirse en un funcionario austríaco como su padre, sueña con una carrera de artista pintor. Un viejo profesor de historia, pangermanista, enseña al niño de trece años el odio al Estado de Habsburgo, traidor del germanismo. La audición de *Lohengrin*, en el teatro de Linz hace del joven Adolfo un devoto de Ricardo Wagner, príncipe de la música germánica.

Muerte de su padre, de su madre dos años después. Hitler tiene entonces quince años. En seguida parte para Viena con una maleta de trajes y de ropa blanca, y en el corazón —nos dice— «una voluntad inquebrantable»: la de llegar a ser «alguien».

Las decepciones se acumulan. El joven, a quien la Escuela de Bellas Artes de Viena no ha querido como alumno pintor, está resuelto a hacerse arquitecto, obligado, mientras espera y estudia, a ganarse la vida como obrero, y obligado a pasar hambre. Rueda por las calles de aquella gran ciudad, de aquella Viena «cada vez menos alemana», donde se cruza a cada paso con eslavos (polacos, checos, croatas) no alemanes, que toman el lugar y el pan de los alemanes. Además, «esta gran ciudad cruel, que no atrae a los hombres a ella más que para triturarlos mejor», le parece la capital de la iniquidad social, donde se avecinan sin transición la riqueza y la miseria.

¿Qué remedio para esto?, ¿la filantropía, las obras de asistencia? Tonterías ridículas, —se mofa Hitler—: es «a los vicios profundos y orgánicos» de la sociedad a los que hay que atacar. ¿El socialismo, entonces? Viena es un gran feudo de la socialdemocracia marxista. «En el tajo mismo» —nos cuenta—, Hitler toma contacto con los obreros socialdemócratas; éstos quieren obligarle a adherirse al sindicato. Él se niega. Se mantiene apartado, «bebiendo su botella de leche y comiendo su trozo de pan en cualquier sitio», pero oyendo a pesar suyo las conversaciones de los demás. Lo denigran todo, rechazan todo lo que el joven Hitler, pequeño burgués alemán respetuoso de las autoridades (salvo de los Habsburgo), había aprendido a reverenciar. Todo:

«La nación, invención de las clases “capitalistas” —¡cuántas veces iba a oír esta frase!—; la patria, instrumento de la burguesía para la explotación de la clase obrera; la autoridad de las leyes, medio de oprimir al proletariado; la escuela, institución destinada a producir un material humano de esclavos, y también de guardianes; la religión, medio de debilitar al pueblo para mejor explotarlo a continuación; la moral, principio de estúpida paciencia para uso de borregos; etc. No había nada puro que no fuese arrastrado por el fango».

Muy pronto Hitler no puede callarse más; discute, le amenazan con echarlo abajo desde lo alto del andamiaje en que trabaja; tiene que cambiar de tajo. Moraleja: el éxito en política solo pertenece a quien es brutal e intolerante; la masa, semejante a una mujer, tiene horror a los débiles, a los tibios; se somete al hombre fuerte, entero, fanático, que infunde miedo, que aterroriza.

«El terror en el tajo, en la fábrica, en los lugares de reunión y con ocasión de los mítines tendrá siempre pleno éxito mientras un terror igual no le obstruya el camino [...] Si a la socialdemocracia se opone una doctrina mejor fundada, ésta vencerá, aunque la lucha sea dura, a condición, sin embargo, de que actúe con la misma brutalidad».

Pero —se preguntaba, según nos cuenta, el joven Hitler—, ¿cuál podía ser el secreto de esta falsa doctrina de los procedimientos terroristas? En vano lo busca en la literatura oficial del partido. Los términos marxistas, “oscuros e incomprensibles”, le repelen. A despecho de su pretensión de encerrar “pensamientos profundos”, no contienen ninguno. Las conclusiones económicas de los socialdemócratas son falsas. Los fines políticos que proclaman carecen de toda sinceridad. Con seguridad hay allí algo distinto del materialismo y la dialéctica. Hay un fin oculto. ¿Cuál? Las primeras luces de la revelación, que le iluminará para siempre, se filtran en el cerebro autodidacta del joven de veinte años venido a menos.

«Entonces —escribe— se apoderaron de mí presentimientos inquietantes y un temor penoso. Me encontraba en presencia de una doctrina inspirada por el egoísmo y el odio, calculada para obtener matemáticamente la victoria, pero cuyo triunfo debía inferir a la Humanidad un golpe mortal». Esta ideología de destrucción, ¿quién podía tener interés en predicarla? El pensamiento febril de Hitler trabaja sobre ello. Reúne indicios, impresiones obsesionantes, entre las que domina el encuentro en las calles de Viena («¿es también un alemán?») con un joven judío de negros rizos, vestido con un largo caftán. Y he aquí —indicio decisivo— que Hitler descubre que «el jefe de la socialdemocracia» es «el judío».

Judíos son los autores de los folletos socialdemócratas que el joven puede procurarse, judíos como Carlos Marx. «Por fin» Hitler conocía al «genio malo» de su pueblo. «La venda» cae de sus ojos poco a poco. Los obreros de Viena no eran culpables; eran extraviados. Todo el mal venía del marxismo, doctrina de un judío, forjada para restablecer la dominación de los judíos sobre todos los pueblos. He aquí con qué designio rechazaba el marxismo el principio aristocrático, único conforme a la naturaleza; con qué designio oponía el número, el peso inerte de la masa, al derecho eternamente superior de los fuertes, negaba el valor de la personalidad humana y la importancia sobre todo, de los factores étnicos, de la raza y de la sangre, ocultando así al hombre la condición primera de su existencia y de su civilización. Que el judío, gracias a su profesión de fe marxista, llegase a triunfar, sería la muerte de la Humanidad. Porque «la naturaleza eterna se venga implacablemente cuando se desobedecen sus mandatos. Por eso, yo creo obrar según el espíritu del Todopoderoso, nuestro creador, pues, defendiéndome contra el judío, combato para defender la obra del Señor».

Hitler pretende que, hasta esta revelación, había sido, respecto a la cuestión judía, un “cosmopolita sin energía”, no viendo en el judío más que un hombre de una religión diferente. El tono de la prensa antisemita le repugnaba porque reprobaba toda intolerancia inspirada en razones religiosas. Para convertirse en “un antisemita fanático” fue necesario —dice «pasar por la revolución interior más profunda y más penosa que jamás tuvo que llevar a cabo. Ahora, superada esta dura crisis, tenía, gracias a Viena, la ciudad envenenada, pero tan instructiva, los ojos definitivamente abiertos sobre los peligros —doble faz del mismo genio diabólico— que amenazaban la existencia misma del pueblo alemán: *marxismo* y *judaísmo*».

Viena le revela aun un tercer peligro: el *parlamentarismo*. Hitler nos dice que siendo muy joven tenía una “real admiración” por el Parlamento inglés: «¿podría haber una forma más elevada de gobierno de un pueblo mismo?» Pero entra por curiosidad en el Reichsrat de Viena, y entonces se siente invadido por un vivo sentimiento de repulsión. Espectáculo lamentable y risible: «Una masa bullente de gentes que gesticulan, que se interpelan unos a otros en todos los tonos, y, dominándolo todo, un lamentable

viejecito sudando a mares que agita violentamente su campanilla y que se esfuerza, ya con llamadas a la calma, ya con exhortaciones, en poner en el tono un poco de la dignidad parlamentaria». Algunos de estos señores no hablaban alemán, sino una lengua eslava o un dialecto.

Pero el joven va más allá en sus reflexiones, hasta concluir que el mal no reside solamente en el hecho de que no haya mayoría alemana en el Parlamento austríaco. El mal es más profundo. Está en la forma y en la naturaleza misma de la institución. Es la democracia parlamentaria en sí la que es radicalmente viciosa. La regla de «la decisión de la mayoría» mata toda noción de responsabilidad; va contra el «principio aristocrático de la naturaleza» —lo mismo que el marxismo—; por lo demás, la democracia le preparaba el lecho al marxismo fatalmente: «es ella para esta peste mundial el terreno de cultivo sobre el cual puede propagarse la epidemia». ¡Absurda idea la de que el genio pudiese ser fruto del sufragio universal!

«En primer lugar, una nación no produce un verdadero hombre de genio más que en contadas ocasiones, y no ciento y más de un solo golpe; en segundo lugar, la masa es instintivamente hostil a todo genio eminente. Se tienen más probabilidades de ver pasar un camello por el ojo de una aguja que de “descubrir” un gran hombre por medio de una elección. Todo lo que de extraordinario ha sido realizado desde que el mundo es mundo, lo ha sido por acciones individuales».

Hitler, sin embargo, observó en Viena con simpatía —y provecho— a dos jefes de partido: el jefe del partido nacional alemán o pangermanista, y al jefe del partido cristianosocial (y también burgomaestre de la capital). Hitler alababa en el partido cristianosocial el percibir claramente la importancia de la cuestión obrera, pero le reprochaba el desconocer la pujanza de la idea nacionalista. En cuanto al partido pangermanista, si tenía el mérito de ser nacionalista, no era bastante social para ganar a las masas arrancarlas al marxismo y, precisamente, *nacionalizarlas*.

El lector de este pasaje, ciertamente premeditado, de *Mein Kampf*, se ve llevado a pensar, muy naturalmente, que Hitler fue puesto en la pista de la solución política por la comprobación de la insuficiencia respectiva de cada uno de esos dos estimables partidos austríacos. La solución estaba en la unión del nacionalismo y del socialismo, un socialismo a la alemana, sin lucha de clases. La solución estaba en el *nacionalsocialismo*.

Se comprende que de esta estancia de cinco años en la capital austríaca, tan penosa, pero tan formativa, escriba Hitler:

«Viena fue y siguió siendo para mí la escuela más dura, pero también la más fructuosa de mi vida. Llegué a esta ciudad siendo aun medio niño, y cuando la abandoné era un hombre taciturno y serio. En ella recibí los fundamentos de mi concepción general de la vida, y, en particular, un método de análisis político; los he completado más tarde en algunos aspectos, pero no los he abandonado nunca».

Tenía prisa, sin embargo, por abandonar aquella *Babilonia de razas* y aquel condenado Estado de Habsburgo, cuya bienhechora disolución sería «el comienzo de la liberación de la nación alemana». En la primavera de 1912 —tenía veintitrés años— se instala en Munich, con la alegría en el corazón. «¡He aquí una ciudad alemana!». Allí se gana la vida mejor que en Viena, pero todavía mediocrementemente, pintando acuarelas, según dice, y vendiéndolas, prosiguiendo siempre con su sueño de llegar a ser un día arquitecto. ¡Poco importan las molestias! Munich le proporcionaba goces a la vez patrióticos y artísticos.

Estalla la guerra de 1914. Ella no fue —exclama Hitler—, «Dios es testigo, impuesta en modo alguno a las masas sino, por el contrario, deseada por todo el pueblo». Alegría del joven al ver a los obreros revelarse como patriotas, escapar a las redes del internacionalismo marxista, abandonar “al montón de dirigentes judíos” para ligarse a la patria alemana. No se trata para Hitler de combatir al servicio del Estado de Habsburgo; pero por “su pueblo” y por el Imperio alemán de núcleo prusiano que lo personifica está dispuesto “a morir en todo momento”. Se hace admitir como enrolado voluntario en el 16º regimiento de infantería bávara. El soldado de segunda clase Adolfo Hitler llega a cabo y gana la cruz de hierro.

Octubre de 1918. La derrota y la revolución. «Consejos de soldados», soviets alemanes. La abdicación de Guillermo II, como Emperador de Alemania y Rey de Prusia. La República, que se llamará de Weimar. El armisticio. El cabo Hitler, con los ojos quemados por los gases y evacuado en un hospital de retaguardia, se entera allí, el 10 de noviembre, de que Alemania se ha rendido y de que ya no hay Imperio. Es necesario —dice el viejo pastor que hace a los enfermos esta horrible revelación—, es necesario «rogar al Todopoderoso que conceda al nuevo régimen su bendición»; hay que prever duros contratiempos y no esperar nada más que «generosidad del enemigo». Entonces Hitler no puede contenerse más, busca su lecho a tientas, hunde la cabeza bajo la manta y llora, llora con calientes lágrimas por primera vez desde la muerte de su madre.

«Siguieron horribles jornadas y noches peores aun [...] En estas noches nació en mí el odio, el odio contra los autores de aquel acontecimiento [...] *Al fin vi claramente que ahora había llegado lo que tan frecuentemente había intuido, pero nunca había podido creer a sangre fría.* El emperador Guillermo II era el primer emperador de Alemania que había tendido la mano para la reconciliación a los jefes del marxismo, sin sospechar que los embusteros carecían de honor. Mientras todavía conservaban la mano del emperador en la suya, la otra buscaba el puñal. *Con el juicio no hay que pactar, sino solamente decidir: todo o nada. En cuanto a mí, decidí hacerme hombre político.*».

Y nos cuenta cómo, nombrado oficial educador, encargado de levantar la moral de los soldados, entra en contacto, por orden de sus jefes militares, con el irrisorio *Partido obrero alemán* de Munich; se hace miembro de él (el miembro número 7); toma conciencia de su propio poder oratorio; reorganiza el partido y cambia su nombre por el de *Partido obrero alemán nacionalsocialista*; se atrae al nuevo movimiento oyentes, que pasan de las ciento once personas a varios millares; le asigna un programa de veinticinco puntos; lo dota con el estandarte de la cruz gamada; constituye secciones de asalto; multiplica las demostraciones de desafío a los marxistas bávaros. «Poco a poco las ciudadelas rojas de Baviera cayeron una tras otra ante la propaganda nacionalsocialista».

Hitler se guarda de explicar las intrigas, llenas de complejas interioridades, entre elementos “nacionales” de Baviera, que le condujeron a intentar, con la complicidad del general Ludendorff, el *putsch* prematuro de Munich, el 9 de noviembre de 1923 y a fallarlo.

Se sabe que el 9 de noviembre de 1923 (fecha elegida por ser el aniversario de la revolución de la masa obrera alemana que provoca la abdicación de Guillermo II, y de la capitulación de 1918) la *marcha nacionalsocialista sobre la Columnata de los Mariscales* de Munich, parodia de la *marcha sobre Roma* (1922, Mussolini) fracasó lamentablemente. Tuvo como consecuencia la muerte de dieciséis miembros del partido, el arresto de Hitler, herido, y de sus principales lugartenientes, el proceso de Munich y la condena. En la alocución del gobierno de Weimar el día del *putsch* a la nación alemana se

había podido leer esta frase: «Una banda de insurgentes armados [...] ha confiado el destino de Alemania al señor Hitler, quien desde hace poco tiene la cualidad de súbdito alemán».

El partido es disuelto, prohibido en todo el Reich y sus bienes confiscados (éstos se elevaban ya, según Hitler, a más de ciento setenta mil marcos oro). La aventura había terminado. Hitler no sería el Mussolini de Alemania.

La aventura, en realidad, comenzaba ahora de verdad. El partido tenía mártires; su jefe, una aureola de héroe desgraciado y traicionado; el proceso había vulgarizado su nombre en toda Alemania y más allá de las fronteras alemanas. Hitler —cuya detención fue reducida de cinco años a trece meses— podía aprovechar la estancia, muy benigna y hasta confortable, en la fortaleza de Landsberg para realizar un antiguo proyecto: el de escribir un libro que reprodujese la formación de su pensamiento y que expusiese su doctrina. Había comenzado este trabajo —se nos dice— en 1919, en una tranquila posada en los Alpes bávaros. Arrastrado después por la acción política, había tenido que interrumpirlo. Ahora, en la fortaleza, gozaba de todo el ocio necesario. Tiene allí un secretario benévolo, el joven Rodolfo Hess, militante nacionalsocialista detenido al mismo tiempo que él y que le es fanáticamente devoto. Las visitas están autorizadas. Una señora Bechstein viene todos los días, y no se va nunca sin llevarse algunas hojas manuscritas, para la imprenta del partido, de la obra que se llamará *Mein Kampf*, y que es, ante todo, en cierto modo y por mitad, una autobiografía, simbólica y representativa, a fines de propaganda del *Jefe*.

Ahora bien, sería aventurado tomar por verdad histórica el relato que se acaba de resumir. Por otra parte, no se conoce más que de una manera insuficiente la génesis exacta del nacionalsocialismo. Que Hitler haya sido primero el agente, de segundo orden por lo demás, de la Reichswehr¹, que haya sido “inventado” por la Reichswehr, es cierto, y *Mein Kampf* lo confirma. Que la ascensión de Hitler y de su partido haya sido ayudada, subvencionada, por los barones, por los grandes industriales, por todos los clanes reaccionarios empeñados en preparar, sin reparar en medios, la ruina de la detestada república de Weimar, hija de la derrota, socializante, respaldada por todas las Internacionales, es probable.

Pero en qué medida y hasta qué momento Hitler fue, y siguió siendo el prisionero, o, como escribe Edmond Vermeil, «el encargado de negocios de la casta dirigente, bien decidida a conducir las masas por su mediación», es lo que no se sabe con certeza.

El relato de *Mein Kampf* no deja por ello de ser muy preciso, en cuanto que nos muestra a Hitler no exactamente, sin duda, como fue, pero sí tal como desea que el pueblo alemán lo vea. ¡Qué bien calculado este relato para edificar a los creyentes del nacionalsocialismo, para estremecer a los demás si tienen en el corazón el amor a la patria vencida, humillada, mutilada! He ahí como un buen alemán, de buena fe, de sentido recto, que sabía ver, llegó por una pendiente natural, si no fatal, a una fórmula muy alemana que une indisolublemente nacionalismo y socialismo verdadero. He ahí cómo, iluminado por sus años de Viena, y después por la traición de 1918 (la “puñalada por la espalda” dada a Alemania por los rojos), aprendió y enseñó al partido, renovado por él, la necesidad y la manera de oponer al

¹ La Reichswehr (defensa del imperio) fue la organización militar de Alemania desde 1919 hasta 1935, cuando el gobierno nazi la rebautiza como Wehrmacht.

marxismo —máscara del judío nefasto— violencia contra violencia, propaganda contra propaganda, ideología contra ideología.

3. La doctrina: una concepción del mundo

Después de la autobiografía, después del relato, la doctrina: la otra mitad de *Mein Kampf*. El 25 de febrero de 1920, durante la primera gran reunión popular en Munich, del partido nacionalsocialista “aun desconocido”, Hitler había expuesto a la multitud, punto por punto, el programa en *Veinticinco puntos* del Movimiento. Este programa era el primer manifiesto del racismo, pleno de “semillas” como en otro tiempo el *Manifiesto comunista*.

Se encontraba en él, dentro del plan nacionalista, en materia interior, lo siguiente: la regeneración racial (distinción entre los hombres de sangre alemana, únicos ciudadanos del Reich, únicos admitidos a las funciones públicas, y los no alemanes, entre ellos los judíos, no ciudadanos, sometidos a la expulsión eventual; protección de la madre y del niño; obligación de la educación física y deportiva); la reforma profunda de todo el sistema de enseñanza, en un sentido más práctico y con la idea del Estado inculcada en la base; la denuncia de la corrupción parlamentaria, del espíritu judeomaterialista, de la mentira política voluntaria en la prensa (la cual sería reemplazada por una prensa verdaderamente alemana); la sustitución, igualmente, del derecho romano universal materialista por un derecho común alemán; la proclamación de la necesidad de una vigorosa centralización del Reich; la afirmación, en fin, de un “cristianismo positivo” independiente de toda confesión particular; libertad, por otra parte, de todas las confesiones religiosas en el Estado «en tanto no pongan su existencia en peligro o que no contravengan el sentimiento de decencia y la moralidad de la raza germánica».

Dentro del mismo plan nacionalista, pero en materia exterior, se encontraban los tres objetivos fundamentales: reunión de todos los alemanes (de Austria, etc) en una Gran Alemania, sobre la base del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos; igualdad de derechos para la nación alemana y, por tanto, supresión de las cadenas de Versalles (Hitler llamaba siempre a la república de Weimar “el gobierno de Versalles”); restitución de las colonias alemanas en los términos siguientes; «el territorio necesario para la alimentación de nuestro pueblo y para la salida de nuestro excedente de población por vía de colonización».

En el plan social (o socialista o anticapitalista), el programa se pronunciaba por la creación y protección de una clase media sana, contrariamente al marxismo, que planteaba la desaparición de esa clase como una fatalidad histórica; por medidas, en consecuencia, hostiles a las grandes fábricas y favorables a los pequeños artesanos; por la reforma agraria, la expropiación gratuita del suelo en interés general, y la prohibición de toda especulación inmobiliaria; por la supresión de todas las rentas adquiridas sin trabajo, la abolición de la esclavitud de los tantos por cientos y de los intereses, la estatalización de los trusts. En estas últimas sugerencias reconocemos las ideas de Feder, el economista del partido, enemigo oficial de la alta finanza. ¿Cómo conciliar con más habilidad las aspiraciones contradictorias de las clases medias? En realidad, estos veinticinco puntos de 1920, “primer catecismo nazi”, ofrecían al tejido ideológico posterior un admirable cañamazo.

Mein Kampf es, como conviene, mucho más ambicioso desde el punto de vista de la doctrina, de la ideología, que el programa del partido nazi de 1920. El jefe nacionalsocialista, a diferencia de los jefes de partido weimarianos, quiere aportar no una consigna electoral nueva, sino una “nueva concepción filosófica de una importancia fundamental”, una doctrina formulada, como una verdadera religión, en dogmas precisos —nada tal inútil, e incluso tan pernicioso, como una “religiosidad de formas mal definidas”—, en dogmas de partido destinados a convertirse para el pueblo en “leyes básicas de su comunidad”. La razón de ser del Estado nuevo, simple instrumento, será servir a esta doctrina, tanto en el interior como en el exterior.

¿En qué consiste esta concepción del mundo? Hitler lo expone sistemáticamente en el famoso capítulo XI del primer volumen, titulado «El pueblo y la raza», una de las abundantes digresiones doctrinales con que está cortado el relato autobiográfico. Pero esta concepción está en todas partes en la obra; está emboscada detrás de cada línea; sopla como un viento morboso sobre las sugerencias de apariencia más sana.

Nada más simple —afirma el autor en las primeras líneas de este capítulo XI—; es como el huevo de Colón: no había más que pensar en ello; «pero son precisamente los hombres del genio de Colón los que rara vez se encuentran». He aquí, pues, «el huevo» de Adolfo Hitler:

«La observación más superficial basta para mostrar cómo las formas innumerables que toma la voluntad de vivir de la naturaleza están sometidas a una ley fundamental y casi inviolable que les impone el proceso estrechamente limitado de la reproducción y de la multiplicación. *Ningún animal se acopla más que con un congénere de la misma especie*: el abejaruco con el abejaruco, el pinzón con el pinzón, la cigüeña con la cigüeña, el ratón de campo con el ratón de campo, el ratón doméstico con el ratón doméstico, el lobo con la loba, etc. Solamente circunstancias extraordinarias pueden acarrear derogaciones de este principio: en primer término, la constricción impuesta por la cautividad, o bien algún obstáculo que se oponga al acoplamiento de individuos pertenecientes a la misma especie. *Pero entonces la naturaleza pone en juego todos sus medios para luchar contra estas derogaciones*, y su protesta se manifiesta de la manera más clara, ya por el hecho de negar a las especies bastardas la facultad de reproducirse a su vez, ya delimitando estrechamente la fecundidad de los descendientes; en la mayor parte de los casos los priva de la facultad de resistir a las enfermedades o a los ataques de los enemigos. Esto es muy natural. Todo cruzamiento entre dos seres de desigual valor da como producto un término medio entre el valor de los dos padres [...] Tal acoplamiento está en contradicción con la voluntad de la naturaleza, que tiende a elevar el nivel de los seres. Este fin no puede ser alcanzado por la unión de individuos de valor diferente, sino solamente *por la victoria completa y definitiva de los que representan el más alto valor. El papel del más fuerte es dominar al más débil y no fundirse con él, sacrificando así su propia grandeza. Únicamente el débil de nacimiento puede encontrar cruel esta ley, pero es porque se trata de un hombre débil y limitado*».

Ahora bien, hay una especie superior de la humanidad: la raza aria. Hitler no la define, no tiene en cuenta las discusiones acerca de su misma existencia. *Existe*. Su existencia es el indemostrado e indemostrable postulado sobre el cual reposa toda la construcción nazi. Su superioridad está incluida en su ser mismo. Ella es «la depositaria del desarrollo de la civilización humana». Escuchemos el elogio, verdadera letanía, del ario. El ario, *Prometeo de la Humanidad* cuya frente luminosa despiende la centella del genio, el fuego del conocimiento que ilumina la noche y muestra al hombre el camino a recorrer para convertirse en el amo de los otros seres. El ario, pueblo de dueños, que, mediante la conquista de los hombres de raza inferior, hizo de ellos «el primer instrumento técnico» al servicio de

la civilización naciente. El ario, que suministró «las poderosas piedras talladas y el plano de todos los edificios del progreso humano». El ario, cuya grandeza no está tanto en la riqueza de sus dotes intelectuales cuanto en su *idealismo*, es decir, en su facultad altamente desarrollada de «sacrificarse por la comunidad, por sus semejantes». Y ahí es precisamente donde el judío ofrece el más impresionante contraste con el ario. El judío «no tiene idealismo». Ahora bien, ninguna civilización puede ser creada sin idealismo. La inteligencia del judío no le servirá para edificar sino más bien para destruir. Destruir para dominar: leed los *Protocolos de los Sabios de Sión*, revelaciones inesperadas hechas por los mismos judíos sobre sus sombríos designios.

Aplíquense ahora al ario, raza superior, las reglas fundamentales de la naturaleza precedentemente definidas. Se verá, como lo establece la historia «con espantosa evidencia, que cuando el ario ha mezclado su sangre con la de pueblos inferiores, el resultado de este mestizaje ha sido la ruina del pueblo civilizador».

En Europa, desgraciadamente, amenaza al ario esta contaminación por obra del judío, el cual —tan próximo le parece el día de su victoria— se comporta ahora, frente a los pertenecientes a los demás pueblos, con «una desvengüenza espantosa». Ved:

«Al joven judío de cabellos negros espiar durante horas, con el rostro iluminado por una alegría satánica, a la joven, inconsciente del peligro, a la cual mancha con su sangre y arrebatada así al pueblo de donde procede [...] Lo mismo que corrompe sistemáticamente a las mujeres y a los jóvenes, no teme abatir [...] las barreras que la sangre pone entre los dos pueblos. Fueron y siguen siendo judíos quienes trajeron al negro [de las tropas francesas de ocupación] al Rhin, siempre con el mismo pensamiento secreto y con el mismo fin evidente: destruir, por la degeneración resultante del mestizaje, esta raza blanca, que odian; hacerla caer de su alto nivel de civilización y de organización política, y llegar a ser sus amos».

El *mestizaje*: he ahí el pecado supremo contra la voluntad del Creador, que Hitler identifica con la naturaleza. La naturaleza, insultada, se vengará. Olvidar y despreciar las leyes de la sangre y de la raza es poner obstáculos a la marcha victoriosa de la raza superior y, por ello, al progreso humano; es caer al nivel del animal incapaz de elevarse en la escala de los seres. Nada en este mundo carece de remedio, a excepción de esto:

«Todo en este mundo puede llegar a ser mejor. Toda derrota puede ser madre de una victoria futura. Toda guerra perdida puede ser causa de un levantamiento ulterior. Toda situación de apuro puede volver fecunda la energía humana y toda opresión puede suscitar las fuerzas que produzcan un renacimiento moral, *siempre que la sangre se haya conservado pura. Pero la pérdida de la pureza de sangre destruye para siempre la felicidad interior, abate al hombre para siempre, y sus consecuencias corporales y morales son indelebiles* [...] Es en la sangre solamente donde reside la fuerza o la debilidad del hombre. Los pueblos que no reconocen y no aprecian la importancia de sus fundamentos racistas se parecen a gentes que quisieran conferir a los perros de aguas las cualidades de los lebreles, sin comprender que la rapidez del lebrele y la docilidad del perro de aguas no son cualidades adquiridas por el adiestramiento, sino que son *inherentes a la raza misma. Los pueblos que renuncian a mantener la pureza de su raza renuncian al mismo tiempo a la unidad de su alma* [...] La dislocación de su ser es la consecuencia natural e ineludible de la alteración de la sangre».

Así, la cuestión de la sangre y de la raza es «la cuestión de la historia del mundo»; la clave, también, de la civilización humana. Contra la interpretación materialista de la historia por el antagonismo de las

clases, invención “judía”, Hitler levanta la verdad idealista “aria”, la visión o iluminación racista. El proclama aquella ley de la naturaleza, más antigua que toda la interpretación de la historia, que decreta la desigualdad de las cosas, que quieren que las especies superiores suplanten a las especies inferiores, y que ha reservado a la raza aria el papel de civilizar el mundo y dominarlo. La violación de esta ley primera y sagrada —y no la escisión de la sociedad en clases—, tal es el verdadero pecado original de la Humanidad.

Y desde este punto de vista, las iglesias cristianas han atentado gravemente contra la obra de Dios. No solamente se ve anexionarse la creencia religiosa a partidos —el Centro católico—, que hacen de ella instrumento de sus intereses personales, sino que las iglesias mismas, protestante y católica, atentas a sus divisiones, han descuidado el deber fundamental: velar por la salvación del hombre ario. Ellas han discurrido sobre la voluntad de Dios en lugar de cumplirla efectivamente impidiendo la profanación de la obra divina. (“Ellas hablan constantemente del Espíritu y dejan que el receptáculo del Espíritu decaiga al rango de proletario degenerado”). Mucho más: tolerando los matrimonios mixtos, no viendo en el judaísmo más que una religión que se puede abandonar, han ayudado a esta profanación. En fin, han perdido un tiempo y unos esfuerzos preciosos importunando a unos negros «que no desean ni pueden comprender su enseñanza». Y durante este tiempo, nuestros pueblos de Europa, «*a la mayor alabanza y gloria de Dios, son roídos por una lepra moral y física*».

4. La misión del Estado

¿Cuál es, pues, en esta perspectiva racista, en esta imperiosa y nueva doctrina, la misión del Estado, del Estado de mañana forjado por el partido nacionalsocialista, dueño del poder? El Estado, según *Mein Kampf*, no es evidentemente el Estado liberal, “vacío” de contenido moral, desprovisto de todo imperativo, de todo Absoluto, entregado a los apetitos de los partidos múltiples, que a su vez enmascaran intereses particulares. Es un Estado que tiene una misión, un Estado ético, que se orienta hacia un Absoluto. Es un Estado antiliberal, antiparlamentario, antipartidos; un Estado fundado en el principio y en la mística del jefe, del conductor (*Führer*), y cuyo motor es un *partido único*, intermediario entre las masas y el jefe. Es un Estado radicalmente antimarxista (aun afirmándose antiburgués), antiigualitario, jerárquico y corporativo, empeñado, en fin, con ahínco en nacionalizar, en hacer no simplemente nacionales, sino agresivamente nacionalistas a esas masas que el marxismo judío quería desnacionalizar, internacionalizar.

Pero, ¿no encontraríamos aquí todas las características del Estado fascista de Mussolini? El nazismo —con sus camisas pardas, su saludo con el brazo tendido, sus desfiles, por añadidura—, ¿no aparece como una copia del joven fascismo italiano? El *Führer* Adolfo Hitler, ¿es otra cosa que un buen alumno germánico del *Duce*, que encarece con una especie de pesado frenesí la enseñanza de su maestro latino (el cual, por otra parte —antiguo socialista—, había tomado del leninismo, para combatirlo, ciertas armas, entre ellas el partido único)? Hitler no oculta en su libro su profunda admiración «por el gran hombre que, al sur de los Alpes, inspirado por el ardiente amor a su pueblo, lejos de pactar con los enemigos de Italia, se esforzaba en aniquilarlos por todos los medios». Proclama que «lo que situará a Mussolini en el rango de los hombres de este mundo es su resolución de no compartir Italia con el marxismo, sino, por el contrario, prometiendo su destrucción, preservar a su patria del internacionalismo».

Y sin embargo, asimilar fascismo y nazismo sería un contrasentido. Hay distancia del Estado nazi al Estado fascista. Este último es en el fondo el Estado-nación clásico, contraído en Estado autoritario donde el cesarismo es llevado al paroxismo: *todo* en el Estado, nada fuera del Estado (de donde el epíteto *totalitario*). El Estado del fascismo —que se declara emparentado con Maquiavelo— es un fin en sí; un prestigio místico de aureola; es un ídolo, representa al verdadero Dios de quienes no lo tienen. El fascismo es estatolatría. En él reconocemos formas de pensamiento romano y muy occidental, manejadas con una brutalidad de *condottiero*, y ornamentadas con motivos hegelianos y sorelianos. Ninguna nueva doctrina, con las prolongaciones metafísicas que el término implica, se expresa en él.

El Estado, según Hitler, por el contrario, no es un fin en sí, sino un simple instrumento, un simple “continente”, y lo que importa es el contenido. El Estado en sí no está dotado de ningún prestigio especial. Ninguna magia lo transfigura. Magia, prestigio, idolatría, están reservados al pueblo al *Volk*, lo que la palabra “pueblo” traduce insuficientemente, pues hay que entender por ello, de manera específicamente germánica, *unidad racial que reposa en la comunidad de sangre*. Esa es la realidad radical, el “contenido” del cual el Estado no es más que el “continente”. Y un continente no tiene razón de ser más que en tanto es capaz de conservar su contenido y de protegerlo. El Estado, para Hitler como para Lenin (y para Marx y Engels), no es más que un *aparato* —expresión, por otra parte, querida para los juristas alemanes—; aparato administrativo de gobernantes, de oficinas, de medios de coacción. Aparato, mecanismo u organización estrictamente técnica al servicio de un fin, que es el mantenimiento y desenvolvimiento de una comunidad de seres humanos de la misma especie, tanto en lo físico como en lo moral. Las consideraciones desarrolladas en el capítulo fundamental sobre el pueblo y la raza, *Volk und Rasse*, son según Hitler, «la base de granito sobre la cual un Estado podrá levantarse un día, un Estado que no sea un mecanismo extraño a nuestro pueblo, al servicio de necesidades y de intereses económicos, sino un organismo surgido del pueblo, un Estado germánico de la nación alemana».

Así responde a *El Estado y la revolución* de Lenin, «El Estado y la raza», de Hitler, a través de *Mein Kampf*. Doble aparece la misión del Estado como instrumento racial: en el interior, conservar y mejorar la raza, cuando no rehacerla, en el exterior, conquistar el espacio necesario para la vida y para la dominación natural de esta raza.

5. Misión del Estado en el interior

«Desgraciadamente —confiesa Hitler—, el pueblo alemán no tiene ya por base una raza homogénea. Contaminaciones sucesivas, especialmente después de la guerra de los Treinta Años, han descompuesto su sangre y su alma, privándole así de ese poderoso instinto gregario, fruto de la identidad de sangre, que permite a un pueblo en las horas graves oponer al enemigo común «el frente unido de un rebaño homogéneo». Si bien se considera, esta carencia ha costado al pueblo alemán la dominación del mundo. Si hubiese poseído tal unidad gregaria, el globo sería hoy suyo. Y, gracias a él, quizá se habría alcanzado ese fin,

«al cual tanto pacifistas cegados esperan llegar hoy con sus griteríos y sus lloriqueos: una paz asegurada, no por los ramos de olivo que agitan, con lágrimas someras, las plañideras pacifistas, sino

garantizada por la espada victoriosa de un pueblo de amos que pone el mundo entero al servicio de una civilización superior».

Felizmente, una parte al menos de lo mejor que hay en la sangre alemana ha quedado intacta. El fin supremo del Estado es reunir, conservar, proteger, hacer, en fin, llegar, lenta pero seguramente, a una situación dominante a esas “grandes reservas” de hombres de pura raza nortearia o nórdica, a esos elementos inalterados, que son los más nobles, no solamente del pueblo alemán, sino de toda la humanidad. El Estado deberá, pues, velar por que cese todo nuevo *mestizaje*. ¡Pongan en buena hora los poltrones el grito en el cielo, protesten gimiendo que se atenta contra los sacrosantos derechos del hombre!

«No, el hombre no tiene más que un derecho sagrado, y este derecho, que es al mismo tiempo el más santo de los deberes, es el de velar por que su sangre permanezca pura, por que la conservación de lo mejor que hay en la humanidad haga posible un desarrollo más perfecto de esos seres privilegiados».

El matrimonio, sumido en el rebajamiento por una adulteración continua de la raza, recobrará, gracias al Estado racista, «la santidad de una institución destinada a crear seres a imagen del Señor y no monstruos, que ocupan el término medio entre el hombre y el mono».

El Estado racista hará que solo el individuo sano pueda procrear. A los demás les quitará materialmente (esterilización) la facultad de reproducirse. «Si durante seiscientos años los individuos degenerados físicamente o que padeciesen enfermedades mentales hubiesen sido privados de la capacidad de engendrar, la Humanidad [...] gozaría de una salud de la que es hoy difícil formarse una idea». Inversamente, el Estado racista profesará que el negar a la nación niños bien constituidos es un acto reprobable. Así se obtendrá este bien supremo: una raza surgida, según todas las reglas del eugenismo, de la fecundidad, consciente y sistemáticamente favorecida, de los elementos más robustos del pueblo. Se habrá hecho al fin con la raza humana lo que se reserva actualmente a las especies caninas, equinas y felinas; se la habrá mejorado mediante la cría. Por fin se habrá puesto término al verdadero pecado original. Una edad mejor habrá nacido.

«Ciertamente, el lamentable rebaño de pequeños burgueses de hoy nunca podrá comprender esto. Se reirán, o levantarán sus hombros contrahechos, y repetirán suspirando la excusa que dan siempre: sería muy bello en principio, pero es imposible. Con ellos es, en efecto, imposible; su mundo está hecho para esto. Ellos no tienen más que *una* preocupación: su propia vida; y un Dios: su dinero. Solamente a ellos no nos dirigimos, mas sí al gran ejército de los que son demasiado pobres para que su propia vida les parezca la mayor felicidad que hay en el mundo, a los que no miran el oro como el amo que regula su existencia, sino que creen en otros dioses. *Nos dirigimos, ante todo, al poderoso ejército de nuestra juventud alemana.* Crece en una época que es un gran recodo de la historia, y la pereza y la indiferencia de sus padres la fuerzan a combatir. Los jóvenes alemanes serán un día los arquitectos de un nuevo Estado racista, o bien serán los últimos testigos de un completo derrumbamiento, de la muerte del mundo burgués».

Para cumplir, en el interior su misión racista, el Estado tiene dos medios: la propaganda, que se dirige a la masa; la educación que apunta a los individuos.

Propaganda. La cuestión de la propaganda había apasionado siempre a Hitler. La habilidad consumada de los marxistas de Viena le había impresionado mucho. ¿No puso a punto Lenin, por otra parte, la propaganda con respecto a las masas en sus diversos escritos y discursos? Pero la propaganda

de guerra inglesa, de 1914 a 1918, tan metódica, tan segura psicológicamente, por comparación con la propaganda alemana —infantil y torpe, en opinión de Hitler—, fue para él una revelación. La propaganda política de estilo fascista le aportó, ciertamente, sugerencias suplementarias. En todo caso, las páginas de *Mein Kampf* consagradas, en el primer volumen, a propósito de la guerra de 1914, y después a propósito de la conquista de las masas por el partido nazi, a la propaganda en general, cuentan entre las más conocidas del libro; y el autor, según confesión de alguno de sus enemigos mortales, las habría sacado verdaderamente de su propio fondo. Veámoslas resumidas.

En primer lugar, la propaganda de un pueblo que lucha por su existencia no debe entorpecerse con ninguna consideración de humanidad ni de buena fe intelectual. Si la primera cuestión tocante a la propaganda es la de saber si es “un medio o un fin”, la respuesta no es dudosa: estamos en presencia de un medio que debe ser juzgado en función del fin. Si este fin es el combate por la existencia, las armas más crueles se convierten en las más humanas pues son la condición de una victoria más rápida y ayudan a asegurar a la nación la dignidad y la libertad.

¿El respeto a la verdad? «La palanca más poderosa de las revoluciones fue en todo tiempo un fanatismo que fustiga el alma de las muchedumbres y la empuja hacia adelante, aunque sea con una *violencia histérica*, no el conocimiento objetivo de verdades científicas».

¿A quién —segunda cuestión— debe dirigirse la propaganda? A las masas, por supuesto: al hombre-masa, al hombre-multitud, para forjar en su conciencia oscura convicciones inquebrantables; no al hombre-individuo. Así pues, toda propaganda debe ser popular y adaptar sus argumentos a los más simples entre los que componen el público. Cuanto a mayor número de individuos alcance, tanto más bajo deberá ser su nivel intelectual. Lo que busca es la eficacia, no la satisfacción de un puñado de estetas o de eruditos. Por eso no se dirige tanto al cerebro como a los sentimientos de la multitud. Estos sentimientos son simples: ella está *a favor* o *en contra*; toda solución media se le escapa; la objetividad, la imparcialidad, son a sus ojos debilidad. Las llaves que abren las puertas de su corazón son “la voluntad y la fuerza”. La gran masa, como la naturaleza, de la cual no es más que un “fragmento”, quiere la victoria del más fuerte y la derrota del más débil o, al menos, “su sumisión absoluta”.

¿Cuál debe ser —última cuestión— el contenido de la propaganda? Francamente unilateral y sin diversidad alguna. Es vano pretender impresionar a medios diferentes; es arriesgarse a ser incomprendido por todos; no es eficaz más que la propaganda que ejerce «en una dirección única». La fuerza de expansión del marxismo reposaba sobre todo «en la unidad y, por consiguiente, en la manera de ser uniforme del público a que se dirigía».

Si la propaganda nazi ha tenido éxito es porque se ha concentrado sobre la clientela misma del marxismo, sobre los antinacionales. Si ha elegido el color rojo para sus pasquines, para el fondo de su bandera, para sus colgaduras, lo ha hecho deliberadamente: el rojo es el color del enemigo, y además tiene efectos sensoriales considerables sobre las multitudes y sobre las mujeres. ¡Qué espanto el de los burgueses, qué pánico “el de esos estúpidos burgueses de piel de conejo” cuando vieron a estos “nacionales”, que ya se titulaban “socialistas”, adoptar el rojo de los bolcheviques!, ¡He ahí la propaganda centrada en lo fundamental!

Que las masas, trabajadas, revueltas por semejante propaganda, se encuentren de nuevo nacionalizadas, devueltas al sentido del *Volk*, del pueblo racial, no es bastante todavía. El Estado racista quiere obrar también en profundidad sobre los individuos, forjar y colocar en su lugar las “personalidades”.

Aquí interviene la *educación*. El Estado racista se preocupa poco de hacer entrar la ciencia en los cerebros “a golpe de bomba”. En primer lugar, cuerpos perfectamente sanos, para una generación apropiada. Después, la formación del carácter: desarrollo de la fuerza de voluntad y de la capacidad de decisión, del gusto por la responsabilidad y el riesgo. En último lugar, solamente la instrucción propiamente dicha, es decir, el cultivo de las facultades intelectuales. Lo que el mismo Reich necesitará son “combatientes”, no intelectuales. Una sola idea —pero la Idea por excelencia, la Idea-madre de todas las demás, el núcleo del “idealismo nazi— deberá ser incansablemente implantada en los jóvenes cerebros: la de la raza. «Es necesario que ni un solo muchacho ni una sola muchacha lleguen a abandonar la escuela sin haber sido impuestos en el perfecto conocimiento de lo que son la pureza de la sangre y su necesidad». El alma misma de la raza deberá palpitar en cada alma individual.

En esta educación todo será organizado sistemáticamente para que el joven sea, al abandonar la escuela, un *alemán integral*, convencido de la superioridad absoluta de los alemanes sobre los demás pueblos, y al mismo tiempo de la necesidad de la justicia social en el interior de la comunidad nacional. Entonces por encima de las diferencias de clase,

«nacerá un día un pueblo de ciudadanos, unido y amalgamado por un común amor y un común orgullo, inquebrantable e invencible para siempre. El temor que el chauvinismo inspira a nuestra época es el signo de la impotencia de ésta. Toda la energía desbordante le falta, le es incluso importuna. El destino no la llamará ya a cumplir grandes cosas. Pues las más grandes innovaciones que se ha producido sobre la tierra habrían sido inconcebibles si sus resortes hubieran sido, en lugar de pasiones fanáticas e incluso históricas, las virtudes burguesas, que estiman la calma y el buen orden. *Es seguro que nuestro mundo se encamina hacia una revolución radical. Toda la cuestión está en saber si se producirá para la salvación de la humanidad aria o para el provecho del eterno judío.* El Estado racista deberá, por medio de una apropiada educación de la juventud, velar por la conservación de la raza, que deberá estar madura para soportar esta suprema y decisiva prueba. *Pero es al pueblo que primero se lance por este camino al que le corresponderá la victoria.*»

La consagración de esta educación consistirá en la entrega al joven alemán de buena salud y de buena educación de un diploma de *ciudadano* del Reich cuando haya cumplido su servicio militar. Pues no se nace ciudadano del Reich, sino simple *dependiente*».

Este diploma será el documento más importante para toda la existencia; constituirá un lazo que una a todos los miembros de la comunidad y colme la fosa que se abre entre las clases. «*Un barrendero debe sentirse más honrado de ser ciudadano de este Reich que si fuera rey de un país extranjero.*»

Pero reconocer la importancia de la raza, de la desigualdad de las razas, conduce también lógicamente a tener en cuenta el valor propio del individuo, de la personalidad y de la desigualdad de los individuos. En el interior mismo de una comunidad racial, una cabeza no es idéntica a otra cabeza: «los elementos constitutivos pertenecen a la misma sangre, pero ofrecen en el detalle mil diferencias sutiles». Decir que *un hombre vale lo que otro* es un punto de vista marxista, judío. «No es la masa la que crea ni la mayoría la que organiza o reflexiona, sino siempre y en todas partes el individuo

aislado», el individuo superior. Es, pues, necesario favorecer en la comunidad, en cuanto al mando y a la influencia, a los elementos reconocidos como superiores y ocuparse de acrecer particularmente su número. No se trata ya de fundarse en la idea de la *mayoría*, sino en la de la *personalidad*.

7. Misión del Estado en el exterior

La misión del Estado racista en el exterior, o, dicho de otro modo, los fines de su política exterior, no son más que la proyección de la doctrina de que este Estado es servidor, y que ha definido su tarea interior como acabamos de ver.

La espada espiritual y material, capaz de asestar golpes victoriosos para la conquista del espacio necesario, es forjada por la política interior. La política exterior tiene, paralelamente, como tarea «permitir que el forjador trabaje con seguridad y reclutar compañeros de armas».

¿Qué compañeros de armas? ¿Y en dónde herirá, llegado el momento, esta espada? Un frío análisis a lo Maquiavelo no retiene más que dos posibles compañeros de armas: Inglaterra e Italia. Pues, entre otras razones, estos dos países se inquietan por la hegemonía política y militar de Francia en Europa. Ahora bien, Francia es y será el enemigo que más tiene que temer Alemania. Hitler, por lo demás, no se escandaliza por el odio encarnizado contra Alemania que atribuye a Francia: nada más natural que este encarnizamiento, que no hace más que expresar el instinto de conservación de la nación francesa. Esta, que muere lentamente, menos por el hecho de la despoblación que «por la desaparición progresiva de los mejores elementos de la raza», no puede seguir contando en el mundo más que abatiendo a Alemania. *«Si yo fuese francés —escribe Hitler—, y si, por consiguiente, la grandeza de Francia me fuese tan querida como me es sagrada la de Alemania, no podría ni querría obrar de otra manera que como lo hace, en fin de cuentas, un Clemenceau».*

Es, pues, inútil contar con una modificación de los proyectos de destrucción que Francia alimenta con respecto a Alemania. Tanto más cuanto que el odio rabioso de ese «enemigo mortal» es sistemáticamente guiada por los judíos. Hay en Francia, y en Francia únicamente, un acuerdo secreto y contra natura entre la finanza judía internacional, que quiere arruinar a Alemania, y el chauvinismo nacional francés. En esta identidad insólita de puntos de vista reside el inmenso peligro para Alemania. ¡Oh, Francia perversa; oh, pueblo traidor a la raza blanca y que “cae cada vez más al nivel de los negros”; oh, nación cómplice de los judíos o pelele entre sus manos!

Hay que aislar esta Francia, este enemigo mortal, retirarle la iniciativa política, coligar juntos a todos los países a quienes inquieta. Deben quedar en segundo plano todas las razones sentimentales (por ejemplo, la anexión del Tirol del sur por Italia) que pudiesen ser un obstáculo para esta necesidad.

«Toda potencia que considere con nosotros como insoportable la pasión hegemónica de Francia sobre el continente es hoy nuestra aliada natural. Ninguna gestión frente a estas potencias debe parecernos demasiado dura, ningún renunciamiento debe parecernos imposible si tenemos finalmente la posibilidad de abatir al enemigo que nos odia tan rabiosamente. Y podremos dejar que el tiempo cure tranquilamente pequeñas heridas cuando las más graves estén cauterizadas y cerradas».

Inglaterra, Italia, «la mayor potencia mundial y un joven Estado nacional floreciente», son quienes ofrecerán, para una guerra europea, otros recursos que «los cadáveres de Estados podridos», Austria-

Hungría, Turquía, con los que Alemania se había aliado en 1914-1918. «Es la nueva alianza europea anglogermanoitaliana la que tendrá en sus manos la iniciativa política, y no ya Francia. Alemania se verá liberada de su situación estratégica desfavorable de un solo golpe: «por un parte, un poderosísimo flanqueamiento; por otra, la seguridad completa de nuestro avituallamiento en víveres y en materias primas». Y la posibilidad de tomar «con todo tranquilidad, dentro del marco de tal coalición, las medidas preparatorias requeridas para un arreglo de cuentas con Francia».

Tales son, pues, y se ve por qué, los compañeros de armas que *Mein Kampf* designa a Alemania, sedienta de revancha. He ahí, pues, dónde sobre quién, deberá herir la espada alemana, *al menos para comenzar*: sobre Francia negrificada, judaizada.

(Cuando Hitler escribe, los franceses ocupan el Ruhr a título de sanción a pesar de Inglaterra, que lo reprueba. ¿No explica esto tanta pasión francófoba? Pero más tarde, convertido en canciller del Reich, Hitler eludirá siempre las sugerencias hechas a él, repetidamente, por el embajador de Francia. A. François Poncet, a los efectos de que atenuase, con una nota referente al Ruhr, los pasajes que preceden).

Sobre Francia *al menos para comenzar*, hemos dicho. Pues es necesario entender bien las cosas. No se trata, en último análisis, de un vulgar desquite de 1914, apelando a una derrota en la que Francia, por su parte, veía un desquite de 1870. ¡Ciérrese la boca imbécil a los que no pretenden más que restablecer las fronteras no solamente eran malas desde el punto de vista militar, sino que no englobaban en el Estado a todos los hombres del *Volk* (austriacos, etc). Ahora bien, ¿no estableció Hitler desde las primeras líneas de su libro que todos los hombres «de una misma sangre deben pertenecer al mismo Reich?». Aquellas fronteras no constituirán ni la salvaguardia del pasado ni una fuerza para el porvenir; no es su restablecimiento lo que podría disminuir seriamente la distancia a que se encuentra Alemania de las *verdaderas potencias mundiales*.

No se predique más la reanudación de la política colonial y comercial de antes de 1914, que no fue buena más que para inquietar, para exasperar a Inglaterra. Se trata de una cosa muy distinta. El tema que Hitler, con su brutalidad y su pasión ordinarias, va a orquestar para la masa jadeante es aquel familiar a los pangermanistas, del *pueblo sin espacio*. Escuchemos:

«Si el movimiento nacionalsocialista quiere realmente obtener ante la historia la consagración de una gran misión a favor de nuestro pueblo [...], debe, sin miramientos para “traiciones” y “prejuicios”, encontrar el valor de reunir a nuestro pueblo y su poder, para lanzarlo por la vía que lo sacará de su estrecho habitáculo actual y lo llevará hacia nuevos territorios [...] El movimiento nacionalsocialista debe esforzarse por hacer desaparecer el desacuerdo entre la cifra de nuestra población y la superficie de nuestro territorio —considerado éste como fuente de subsistencia y como punto de apoyo del poder político—, por suprimir también el desacuerdo existente entre nuestro pasado histórico y nuestra impotencia actual, para lo cual no hay salida. Debe tener conciencia de que, *guardianes de la más alta humanidad en este mundo*, tenemos también las más altas obligaciones; y podrá satisfacerlas tanto mejor quien más se preocupe de *hacer tomar conciencia de su raza al pueblo alemán*».

Conclusión práctica: mirar hacia el Este, detener «la eterna marcha de los germanos» hacia el Sur (Italia, Balcanes) y hacia el oeste de Europa. Pero el Oeste es Francia, es el mortal enemigo. ¡Ah, sí, el ajuste de cuentas es necesario, ya se ha visto, y debe ponerse un término a esta lucha “interminable”, pero “estéril”. Solamente que «la aniquilación de Francia», no es más que un prólogo, un comienzo,

una «cobertura de nuestra espada para la extensión en Europa de nuestro habitáculo», un medio «de dar, por fin, a nuestro pueblo, en otro teatro, toda la extensión de que es capaz». Y este otro teatro será el este, y es la Rusia de llanuras inmensas.

El destino mismo parece señalar con el dedo al alemán sin espacio. ¿Cuál es, en efecto, el sentido del triunfo del bolchevismo en Rusia, sino el siguiente: el aniquilamiento del “núcleo germánico” de las clases superiores dirigentes, a expensas del cual vivía Rusia, incapaz por sí misma de crear un Estado, y la sustitución de este núcleo “de la raza creadora de Estado” por el judío? Pero el judío es un fermento de descomposición, no un elemento organizador. Así pues, “el Estado gigantesco del Este está maduro para el derrumbamiento. Y el fin de la dominación judía en Rusia será también el fin de Rusia en tanto que Estado. Nosotros hemos sido elegidos por el destino para asistir a una catástrofe, que será la prueba más sólida de la justeza de las teorías racistas».

7. Testamento político

Lo que tiene Inglaterra, lo que tiene Francia², lo que no ha tenido nunca Alemania, testamento político de la nación alemana en cuanto a su actitud frente al exterior:

«No permitáis nunca que se formen en Europa dos potencias continentales. En toda tentativa de organizar en las fronteras de Alemania una segunda potencia militar, ved un ataque contra Alemania [...] Velad por que la fuente de la potencia de nuestro país no esté en las colonias, sino en Europa, en el suelo de la patria. No consideréis jamás el Reich como garantizado mientras no haya podido dar para siglos a cada retoño de nuestro pueblo su parcela de suelo».

Con una claridad —si se sabe leer— que deja poco que desear, Hitler, Mesías de la redención alemana, mediador entre el dios ario y su pueblo elegido, ha fijado a la acción del Estado su doble objetivo: «el territorio, fin de nuestra política exterior, y una nueva doctrina filosófica, fin de nuestra política interior». En verdad, —repetámoslo—, la nueva doctrina filosófica, doctrina de la raza, determina también la política exterior. Se trata de conquistar, de asegurar a la raza de los amos su puesto al son que su espacio vital; espacio mortal para las razas inferiores, consagradas a la esclavitud. Pues, como proclama Hitler en las últimas líneas de su *Conclusión*, escrita en noviembre de 1926, cuando, después de su liberación, ha organizado, regenerado al partido nazi y adaptado su táctica a la acción parlamentaria,

«un Estado que en una época de contaminación de las razas vela celosamente por la conservación de los mejores elementos de la suya debe convertirse un día en el dueño de la tierra. Que los adheridos a nuestro movimiento no lo olviden nunca».

8. El destino de la obra

Si creemos a Otto Strasser, en *Hitler y yo*, la obra en su primer estado, “en estado bruto”, era un verdadero caos de lugares comunes, de reminiscencias escolares, de lecturas políticas mal digeridas y

² Desde Richelieu: Hitler, como tantos alemanes, creía, muy equivocadamente, que el *Testamento* del gran cardenal trataba de política exterior.

de rencores personales. Se encontraba también ella el eco de las conversaciones de un tal Julio Streicher, bruto desordenado, obseso de sensualidad y de antisemitismo, y de un tal Rosenberg, que debía publicar, en 1930, *El mito del siglo XX*. Todo esto «redactado en el estilo de un alumno de sexto». La obra no se habría hecho presentable sino gracias a un eclesiástico de gran erudición, el Padre Staempfle, que trabajó varios meses en ella, ordenó y coordinó su pensamiento, al mismo tiempo que eliminaba «los errores flagrantes y las simplezas demasiado infantiles».

Otto Strasser, a cuyo hermano Gregorio mandó asesinar Hitler en la carnicería, maquiavélicamente meditada, del 30 de junio de 1934, puede ser sospechoso. Lo que es cierto es que, en su estado definitivo, *Mein Kampf*, corregida o no por el Padre Staempfle (él también liquidado el 30 de junio), no denota ninguna maestría intelectual. Estamos verdaderamente aquí en presencia de un caso límite, en que una coyuntura histórica prodigiosa ha valido una fuerza de penetración y una celebridad extraordinarias a una obra intrínsecamente mediocre —fuera, incluso, del hecho de que subleve en tantos aspectos el espíritu humano—.

«A nuestro juicio de franceses, obra indigesta, convencional, desprovista de vida» (A. Rivaud). Nada más exacto, en conjunto. Ocurre, sin embargo —los pasajes citados lo atestiguan—, que los pesados y pastosos desarrollos, llenos de repeticiones, torpes, con frecuencia interminables, son atravesados súbitamente por una incendiaria y devorante pasión. Entonces, en verdad, para tomar una frase del libro, «se enciende una hoguera», en cuya llama ardiente debía forjarse «la espada que devolverá al Siegfried germánico la libertad y a la nación alemana la vida», mientras, en fin de cuentas, llegaba el día de hundir a esta nación alemana bajo las cenizas de la peor catástrofe de su historia.

Esta impresión de fuego, de quemadura, a la lectura de tales pasajes —hasta en la traducción francesa—, es de orden físico, carnal, mucho más que intelectual. Así, A. François-Poncet, escuchando a Hitler hablar en público un 1º de mayo, era impresionado sobre todo por «la pasión que lo transportaba, por el soplo que lo animaba y que literalmente dilataba sus narices». Era el combatiente político, el carnicero perfecto de la jungla política, el que profesaba en *Mein Kampf* que el combate no se sostiene bien hasta el fin más que en la pasión y por la pasión.

Sobre el fondo mismo de la obra y sobre sus fuentes, retengamos también el juicio del embajador de Francia: «Traje de arlequín, potpourri». Se encuentra allí, en vecindad con elementos tomados del leninismo ruso y del fascismo italiano, todos los temas, radicalmente revolucionarios y nacionalistas, que los germanistas tienen la costumbre de ver circular desde Fichte a través del pensamiento alemán. Temas que la guerra, la derrota y la revolución han llevado al máximo de su intensidad.

Pangermanismo, racismo, antisemitismo, tales son los más resonantes de estos temas. Expresan ellos una concepción del mundo aristocrática, jerárquica, antiigualitaria, antidemocrática y, en su raíz profunda, anticristiana. Se siente uno tentado de evocar, un poco precipitadamente, el pensamiento de Nietzsche. Ahora bien, es fuera de Alemania, cosa extraña, es en Francia y antes de Nietzsche, donde nació el turbio torrente racista, que vino a engrosar, a fines del siglo XIX, el ancho río del pangermanismo. El libro del conde de Gobineau *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1853-1855), inspirado él mismo en el *arianismo* que la indología había puesto de moda, fue el libro fundamental.

Según Gobineau, la cuestión étnica suministraba la clave de toda la historia humana. La desigualdad étnica era original y permanente. La preeminencia pertenecía a la raza blanca, y en el seno mismo de ésta, a los arios, hijos de Jafet, y entre éstos, a la rama germana, que había permanecido largo tiempo sin mezcla, mientras que las ramas celta y eslava se habían mestizado de amarillo. Los germanos, raza noble por excelencia, depositarios auténticos de la superioridad blanca, habían conquistado el Imperio romano. Pero, a su vez, habían degenerado por la mezcla de sangres, por el mestizaje. Los alemanes actuales eran “muy poco germánicos”. Así, la Humanidad, por el hecho de que la parte de sangre aria se agotaba en ella inexorablemente, marchaba sin remisión hacia la decadencia.

Sin embargo, un poco más tarde, otro francés, Vacher de Lapouge, fundador de la antroposociología, autor, entre otros libros, de *El ario y su papel social* (1899), corregía el pesimismo de Gobineau. Afirma que ciertos procedimientos sistemáticos de selección, como los que se aplicaban a la planta y al animal, podían regenerar la especie humana, utilizando lo que subsistía de arios auténticos y retardar así, al menos, la decadencia anunciada por Gobineau. «La llave está lanzada al campo cerrado. ¿Quién sabrá apoderarse de ella, servirse de ella?».

En fin, un inglés, Houston Stewart Chamberlain, yerno de Ricardo Wagner, y autor de los *Estratos del siglo XIX* (1899), era más reconfortante todavía. Según él, los caracteres físicos (cabellos rubios, ojos azules, forma alargada del cráneo, etc) no eran todo. Lo esencial era «poseer su raza en la propia conciencia». La nación, además, en tanto, que edificio político, tenía que desempeñar un papel decisivo, creando «las condiciones necesarias para la vida de las razas». También Chamberlain se separaba con desdén de Gobineau, que había rehusado a los alemanes modernos el título de herederos de los arios-germanos.

Poco importa que Hitler haya conocido de primera, segunda o tercera mano las obras de estos extranjeros prosternados ante el ario, y a título de tales, más célebres en Alemania que en sus patrias respectivas. Con su sustancia ha compuesto su acre miel racista. Leyéndolo, se vuelven a encontrar, a veces palabra por palabra, afirmaciones de Gobineau. Él se ha apoderado de la llave arrojada por Lapouge. Él ha hecho suyo, en fin, el optimismo de Chamberlain, suya la fe de éste en la conciencia de la raza y en el esfuerzo racial consciente de la organización política. La doctrina nacionalista de la raza, tal como la expone *Mein Kampf* (Rosenberg la precisará; Günter, teórico del “nordismo”, la perfeccionará), resulta de un batido de ideas puramente empíricas y utilitarias, cocina propagandística de una amabilidad consumada.

En cuanto al antisemitismo alemán —muy anterior a Hitler, pero que tal racismo ario debía acentuar hasta la histeria homicida—, se presenta con un aspecto de la lucha del pensamiento germánico, radicalmente nacionalista desde Fichte, contra todas las Internacionales: Internacional católica, Internacional burguesa, capitalista y liberal, Internacional socialista o marxista. «Como el judío es declarado presente y activo en el seno de todas esas internacionales, el antisemitismo toma aquí figura de doctrina fundamental, aunque negativa» (Vermeil).

Desde 1917, en plena guerra, antes de la derrota y de las humillaciones, antes de la revolución y de la república, había sido lanzada una ofensiva antisemita bajo la forma de una impostura literaria. Se trata de la publicación de los *Protocolos de los Sabios de Sión*, forjados en todas sus partes por un barón alemán, de quien Hitler se declara expresamente deudor en su libro. Los judíos se acusaban en ellos a sí mismos de perseguir secretamente un fin de hegemonía mundial, destruyendo los Estados cristianos,

ya gracias a la democracia —seguida del socialismo, y después del comunismo, y después de la anarquía—, ya gracias a la guerra. Así, ellos habían provocado, para agotar a los pueblos y asegurar el reino del dinero judío, la guerra de 1914. Estos *Protocolos* habían, pues, servido ya, antes de la predicación nacionalsocialista, de “vertedero común”, según expresión de E. Vermeil, para toda suerte de acusaciones, que la credulidad alemana aceptaba como moneda corriente. ¿Qué otra cosa hace Hitler en *Mein Kampf*, como en sus discursos, que vulgarizar con “una violencia histórica” (para hablar con su propio lenguaje) la tesis principal de este documento impostor?

Por lo demás, lo mismo si se trata de antisemitismo que de arianismo, que de cualquier otro “producto mostrenco” querido a la masa alemana, es esto —en la vulgarización— en lo que consiste el genio demagógico del autor. Después de la derrota, altos espíritus alemanes de la raza de Nietzsche, aristócratas del pensamiento, habían expresado en libros altivos y duros (así, Oswald Sengler en *La decadencia de Occidente*) su tensión interior, su desesperación, su pasión nacional y sus sueños míticos. Dicho de otro modo, había habido otros *Doctrinarios de la revolución alemana* (es el título de un libro de Vermeil), y de un rango intelectual muy diferente al del jefe del nacionalsocialismo y sus lugartenientes. Pero el autor de *Mein Kampf* ha sabido extraer de pensamientos complicados y tensos, inaccesibles a los simples, un pasto intelectual asimilable por inteligencias “elementales”.

Elementales o, lo que viene a ser lo mismo, oscurecidas, cegadas por el orgullo herido, por la pasión patriótica, por el odio cívico, por la sed de venganza o de cambio, por la desesperación y el vacío moral, por la necesidad furiosa de un espejismo. Tales sentimientos, que engendran el activismo obstinado —la acción por la acción—, la huida ciega hacia adelante, la revolución del nihilismo, son corrientes después de las grandes sacudidas sociales, después de las grandes guerras.

Tanto es así, que es del giro mismo que iba a tomar, a partir de 1925-1927, la historia alemana de lo que debía depender el destino de *Mein Kampf*. Si la historia “llevaba”, como el mar lleva un barco, al partido nacionalsocialista y a su jefe fanático, llevaría al mismo tiempo su Biblia vibrante de odios, su Corán frenético: *Mein Kampf*. Si la historia, por el contrario, rechazaba al partido y a su jefe, entonces nadie en el porvenir, sino algunos especialistas de la erudición histórica —que por otra parte, la estimarían ilegible—, abriría este libro de un agitador obseso.

En sus *Comentarios al Mein Kampf* (1939), «el libro que ha cambiado la faz del mundo», Benoist-Méchin³, reproduce la curva del éxito de la obra. Primero pasa inadvertida. No es saludada más que por el entusiasmo de un pequeño grupo de iniciados, que ven en él el *nuevo evangelio político*. El inglés germanizado, gran maestro del racismo, Houston Stewart Chamberlain, escribe al autor (a quien había encontrado precedentemente en Bayreuth, en casa de Siegfried Wagner, el hijo del músico):

«Hay una violencia que comienza y acaba en el caos, pero hay también una violencia que crea los mundos nuevos. Yo creo que la historia le contará un día entre los grandes constructores, no entre los destructores. Que Alemania le haya hecho surgir en la hora de su mayor zozobra: ¿qué otra prueba se quiere de su vitalidad? Se diría que los ojos de usted están dotados de manos: aprisionan a los hombres y no los sueltan ya».

Después, lentamente, la obra se va abriendo campo, como “mancha de aceite”. En la prensa burguesa y socialista se indignan y se ríen a carcajadas: elucubraciones de un megalómano histórico, salido del

³ J. BENOIST-MECHIN, *Comentarios al Mein Kampf* (1939), Sieghels, Argentina 2008.

“asilo de alienados”. ¿Quién podría concebir el sueño burlesco de una Alemania gobernada un día por este hombre? Es la época —1925-1929— en que la república de Weimar parece mantenerse firme. Era entonces corriente que un pacífico burgués alemán dijese con una gran risa al francés encontrado al acaso: «Mi mujer y yo vamos esta noche a oír al loco».

Pero de 1929 a 1933, a favor de una crisis espantosa marcada por «el paro, la proletarización y la miseria», el partido nacionalsocialista progresa a pasos agigantados, y con él la difusión de su biblia. Difusión, por lo demás, metódicamente organizada por el Eher-Verlag de Munich, que gozaba de un monopolio y de medios comerciales poderosos.

En 1933, cuando Hitler se convierte en canciller del Reich, han sido vendidos ochocientos mil ejemplares. Hitler, que creía poco en la virtud del escrito e infinitamente en la de la palabra apasionada, había sostenido él mismo su libro incansablemente «con su acción personal, recogiendo y amplificando sus temas en millares de discursos», como había oído hacer a los marxistas con los textos de Marx, Engels y Lenin. Había puesto al servicio de la propagación de la doctrina desarrollada en la obra todo el aparato, cada vez más formidable, del partido. «Los estandartes de la cruz gamada de las milicias negras y pardas han arrastrado este libro consigo en su ascenso al poder».

Las *incertidumbres alemanas*, psicoanalizadas por Pierre Viénot, a fines de 1930 con una inteligencia tan aguda, había dejado lugar, al menos, en la juventud fanatizada, a una feroz certidumbre colectiva, que cristalizó en la lectura de este libro mediocre, pero ardiente. La llegada del autor al poder ponía, sin embargo, este impulso apasionado en peligro de romperse si Hitler hubiese obrado —como ingenuamente lo esperaban ciertos medios franceses y anglosajones— como los jefes políticos de los países liberales, que olvidan en el poder, felizmente, sus pujas de la oposición. Pero, para Hitler, la cancillería del Reich no era más que el medio de pasar metódicamente de la teoría a la práctica y de realizar, por etapas sucesivas y seguras, la doctrina, el programa interior y exterior expuestos en *Mein Kampf*.

Así el libro se convierte obligatoriamente en libro de cabecera de todo alemán, quieras que no. Aun los particulares no nazis juzgan prudente poseerlo, aunque no lo lean. Ninguna biblioteca pública o semipública puede evitar tener la obra en varios ejemplares. Cada nueva pareja recibe, “oficial y solemnemente”, el día del matrimonio un ejemplar, lo que obliga a las comunas a aprovisionarse de él ampliamente por anticipado.

Pasajes suyos son «regularmente explicados, comentados» en cada célula nacionalsocialista. Innumerables misioneros del partido, armados de innumerables folletos, ayudados por la prensa, la radio el film, esparcen por todas partes la sustancia de este evangelio número 1, al mismo tiempo, por otra parte, que la del evangelio número 2 (*El mito del siglo XX*, de Rosenberg). Se trata de penetrar de esta doble sustancia «toda vida alemana, de crear en el espíritu de todo alemán, y también de toda alemana, una psicosis, una verdadera obsesión, de reducir la inteligencia alemana a una obediencia pasiva, ciega, en cierto modo mecánica, a las leyes, a los Diktat del Führer».

En consecuencia, las cifras de venta de la obra ascienden en flecha. Un millón quinientos mil ejemplares en 1934; dos millones quinientos mil en 1936; tres millones doscientos mil en 1937; más de cuatro millones en vísperas de la guerra; más de seis millones en abril de 1940; «el más formidable éxito de librería que el mundo ha conocido». Los derechos de autor habrían alcanzado en 1938 treinta

millones de francos. Hitler —escribe en 1939 Benoist-Méchin— «no cobra ni un marco del Estado alemán, vive exclusivamente de lo que le reporta el libro».

Se ha leído más arriba el juicio de germanista calificado de A. François Poncet sobre *Mein Kampf*. En los mismos *Recuerdos de una Embajada en Berlín*, que se ensancha constantemente hacia la gran historia, leemos también, antes de abandonar la biblia nacionalista, estas líneas, que trazan un retrato inolvidable de su autor:

«Estaba unido a su pueblo como por unas antenas que le informaban de lo que la multitud deseaba o temía, aprobaba o censuraba, creía o no creía. De este modo podía dirigir su propaganda con tanta seguridad como cinismo y con un desprecio hacia las masas disfrazado. A la violencia y a la brutalidad unía una aptitud para el engaño, para la hipocresía, para la mentira, aguzada por las rivalidades y las discordias de que su partido era presa sin cesar. Sabía adormecer a su adversario, hasta el momento en que pudiese desembarazarse de él, y, mientras firmaba tratados, reflexionar en la manera cómo dejaría de cumplirlos».

¿No vemos reunidos en ese aguafuerte todos los rasgos del “príncipe nuevo” según Maquiavelo? *Príncipe nuevo* adaptado al siglo XX, al siglo de las masas y de los mitos sociales o nacionales desencadenados; al siglo, también, de la fría ferocidad científica.

TEXTO

HITLER, A., *Mi lucha*, Librería El Galeón, Madrid 2002.

BIBLIOGRAFÍA

CHEVALLIER, J.J. (1955): *Los grandes textos políticos desde Maquiavelo a nuestros días*, Madrid, Aguilar, 341-371.

BENOIST, A. DE, *Comunismo y nazismo. 25 reflexiones sobre el totalitarismo en el siglo XX (1917-1989)*, Áltera, Barcelona 2005.

BENOIST-MECHIN, J., *Comentarios al Mein Kampf (1939)*, Sieghels, Argentina 2008 (resumen texto).

VITKINE, A., *Mein Kampf, historia de un libro*, Anagrama, Barcelona 2011.